

También el horror fue aquí



Villarta de los Montes (Badajoz). Plaza del Generalísimo.

La impresionante tragedia de Villarta de los Montes

Eduardo de Guzmán

EN una etapa prolongada y triste de nuestra reciente historia abundaron en España los grandes cementerios bajo la luna. Fue la expresión trágica y poética a un tiempo con que un gran escritor francés, George Bernanos, calificó en el verano de 1936 los primeros lugares clandestinos donde habían sido inmoladas centenares de víctimas de la guerra civil. El nombre hizo fortuna y así siguieron llamándose —en simples susurros porque resultaba demasiado peligroso levantar la voz— aquellos numerosos parajes de la geografía nacional donde

fueron sepultadas las víctimas de una barbarie tan irracional como sangrienta. Durante años, muchos años, se mantuvo en completo silencio la existencia de estas fosas comunes, generalmente apartadas de lugares habitados, sin permitirse establecer en su torno una cerca o erigir una simple cruz de madera en recuerdo y memoria de los muertos. En nuestro número del pasado febrero hablábamos del gigantesco osario de Lardero, cerca de Logroño, donde las familias de los que allí reposan han levantado un monumento en su recuerdo. No por ansias



La «Joya de Fernando», lugar de las ejecuciones y, ante ella, uno de los familiares de los asesinados, Felipe Fernández.

de revanchas, odios o venganzas, sino como simple constancia de unas locuras que no pueden volver a repetirse.

Con el mismo ánimo e iguales deseos de que las viejas heridas cicatricen de una vez para siempre sin dejar rastro, hablamos hoy de otra gran tragedia vivida por distinto pueblo español. Si Lardero está en La Rioja, Villarte de los Montes se halla en Extremadura; en la parte más dura e inhóspita de la región que por algo recibe el expresivo nombre de la siberia extremeña. Aquí no opinamos por cuenta propia. Nos limitamos a recoger, quitándoles crispación y poniendo dolorida sinceridad, al relato que nos hacen unos testigos presenciales de los hechos que narran. De dos hombres que ya en la madurez de la existencia no han podido borrar de su imaginación las dantescas escenas que hubieron de presenciar en su lejana adolescencia y que les dejaron para siempre marcados y obsesionados.

—Más que en partidos políticos —dice Manuel Cervantes Acedo, nacido en 1925— los vecinos de Villarte se dividían automáticamente en dos grupos: los propietarios, sus familiares, criados y favorecidos, pertenecían a la derecha; el resto, todos los trabajadores, figurábamos en la izquierda. Aunque como en todas partes había injusticias y desigualdades, en Villarte de los Montes no existían odios ni rencores. Desde el primer momento y sin lucha de ninguna clase, el pueblo quedó en la zona republicana. Muy lejos de los frentes, al principio; próximo a ellos, posteriormente, cuando

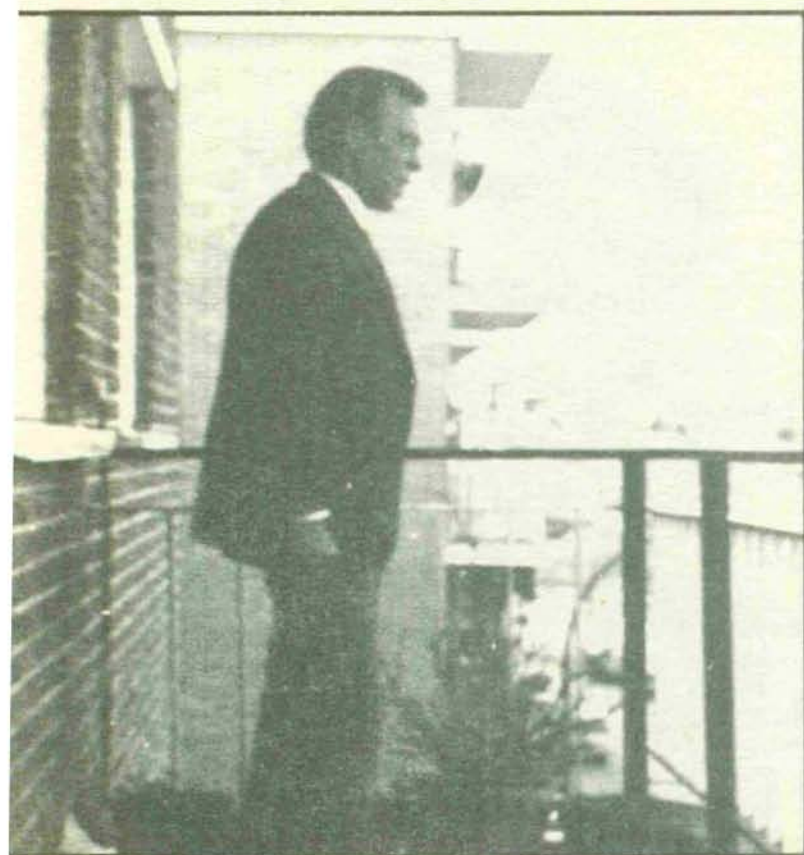
luego de tomar Mérida y Badajoz, los franquistas se apoderaron de Don Benito y Villanueva de la Serena.



Paulino Fernández, una de las víctimas de la represión, muerto a los veintún años.



La Iglesia de Villarte de los Montes, donde inicialmente fueron encerradas las víctimas de la matanza.

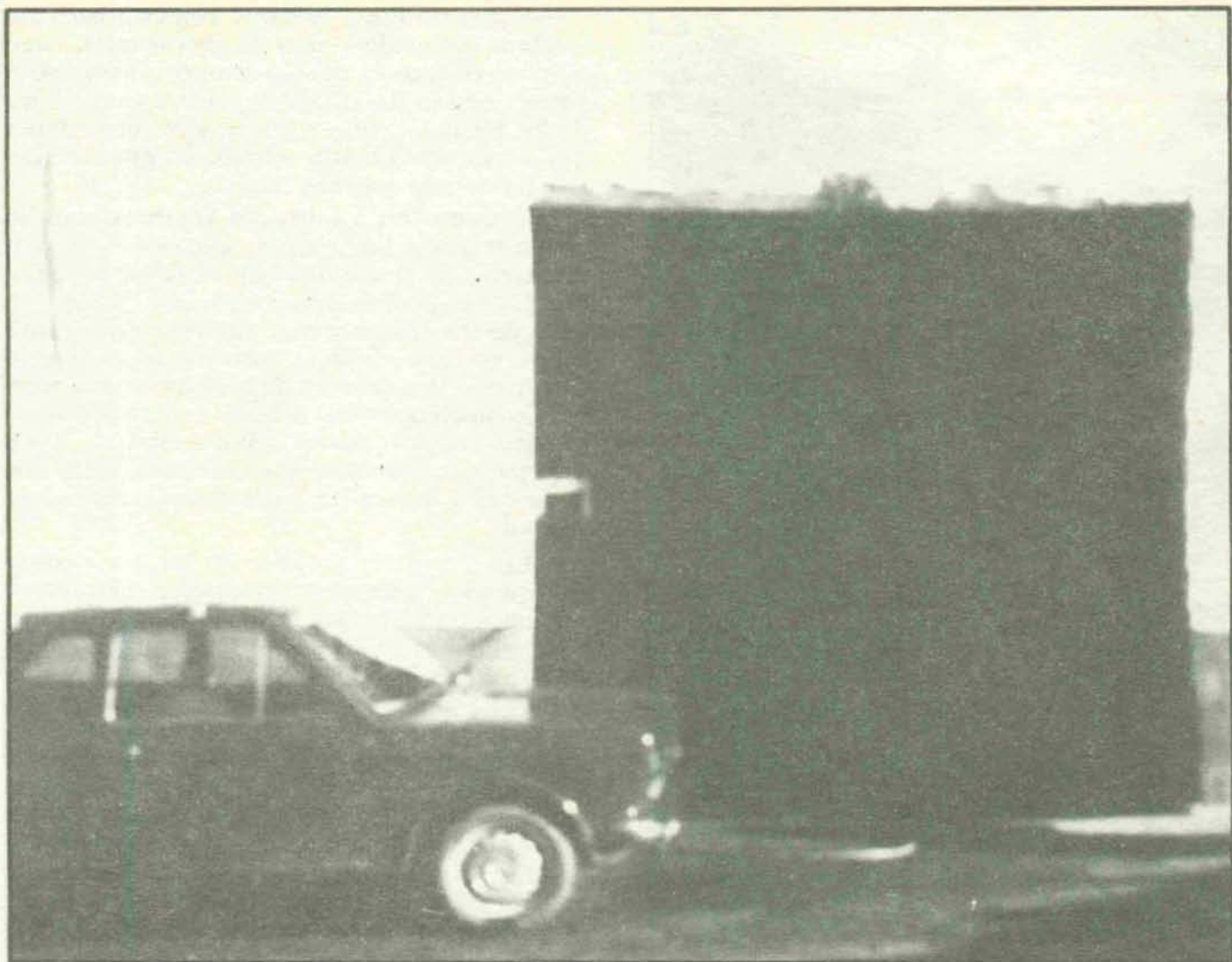


Valentín, otro de los testigos de la matanza en la que perdió a su padre.

Félix Fernández Reinaldo, un año mayor que su compañero, también natural de Villarte de los Montes, asiente a cuanto dice Cervantes y puntualiza, por su parte algunos extremos del máximo interés. «En las primeras semanas de la guerra en el pueblo no se perpetró el menor crimen ni se cometió el menor desmán. Si se detuvo a una serie de personas de derechas fue por librarles de cualquier venganza personal y especialmente para protegerles de los milicianos de los pueblos vecinos que de vez en cuando aparecían por el lugar, queriendo llevarse a los elementos contrarios a la causa republicana».

—Cuando vimos que su defensa contra las pretensiones de las columnas milicianas era difícil decidimos ponerlos en libertad de común acuerdo con todos ellos, incluso facilitándoles lugares donde esconderse y caminos más seguros para alcanzar la llamada zona nacional. Así se salvaron todos excepto uno que, contra el parecer de todos, se empeñó en continuar libre en el pueblo y que meses más tarde pereció por motivos un tanto oscuros, de índole personal y familiar, según todos los síntomas.

Como en todos los pueblos de la zona republicana hubo muchos mozos que se incorporaron voluntarios a los frentes y otros más numerosos que hubieron de hacerlo al ser moviliz-



La cochera que les sirvió de «capilla», allí fueron trasladados los veintiocho «rehenes» que inicialmente habían sido encerrados en la Iglesia y por esta puerta salieron para ser fusilados.

das sus quintas. Pero nada de esto alteró mucho la vida local donde no existían rencores. La mejor prueba es que el sacerdote del pueblo estuvo durante toda la contienda actuando como secretario del ayuntamiento sin que nadie se metiese con él.

Al finalizar la guerra y ser ocupado Villarte de los Montes por fuerzas llegadas de los frentes cercanos no ocurrió el menor incidente ni en los primeros días se produjeron detenciones de ninguna clase. Las prisiones comenzaron unas semanas después al volver al pueblo los soldados que habían luchado en diferentes líneas y que regresaban a su lugar de origen luego de ser puestos en libertad en los campos de concentración por los que habían pasado. Todos regresaban al pueblo tranquilos y contentos, seguros de que nada había de pasarles, ya que nada malo habían hecho. Se les fue encerrando primero en la propia iglesia y luego en una gran nave industrial llamada la Cochera.

Todo transcurrió con relativa tranquilidad hasta el 15 de mayo. Entonces, por instigación y a petición de algunos de los derechistas que

habían estado detenidos al comienzo de la guerra y que fueron puestos en libertad sin sufrir el menor daño, decidieron hacer un escarmiento sangriento. Dicho día y con el pretexto de llevar los detenidos a Herrera del Duque, cabeza del partido judicial al que pertenece Villarte, sacaron doce detenidos en un camión y los condujeron a la Joya de Fernando (joya se llama en la Siberia extremeña a cualquier hoyo o barrancada) donde fusilaron a once de los presos, mientras el otro —Julián Molina, que había sido alcalde del pueblo durante parte de la guerra— le cortaron los testículos y se los metieron en la boca antes de asesinarle para que el resto de los presos presenciaran el horripilante espectáculo.

El mismo 16 de mayo de 1939 otro camión recogió once presos más afirmando también que los trasladaban a Herra del Duque para ser juzgados, pero al llegar a una «joya», distante un centenar de metros de Fernando, los obligaron a apearse disparando contra ellos apenas lo hubieran hecho. Todos los muertos fueron hombres, el más joven de todos, Paulino Fer-



Los restos de las víctimas cubiertos de flores, tras cuarenta años de obligado silencio.

nández Reinaldo, apenas pasaba de ser un muchacho. Hay un dato trágico: entre los fusilados estaba un hombre joven que llevaba pocas semanas casado con una mujer extraordinariamente bella; su muerte según todo el pueblo no tuvo otra causa ni motivo que el capricho de uno de los caciques, que pensaba que una vez muerto el marido la viuda caería fácilmente en sus brazos.

—Entre los muertos —afirma Valentín Cervantes Acedo— estaba mi padre. Le detuvieron en su casa el día 10 de mayo y lo tuvieron seis días encerrado antes de matarle. Como todas las demás víctimas de la matanza no fue interrogado por ninguna autoridad competente, procesado legalmente y menos aún juzgado por ningún tribunal civil o militar. El día de su inmolación, cuando mi madre estaba llorando con todo el natural desconsuelo, unos falangistas se presentaron en casa para decirle que se callase porque en caso de continuar alborotando le pasaría lo mismo que a su marido.

—Por si no fuera bastante con esta barbarie —añade Reinaldo— uno de los caciques, cuyo nombre conoce el pueblo entero comentado a voces, viendo pasar por la plaza a varios hijos de los fusilados, dijo a gritos: «¡Vamos a tener que hacer otra *corta* y pronto, porque los nuevos tallos van ya muy altos!»

Impresiona oír a estos dos hombres; no sólo por la tragedia que narran, sino por el profundo acento de sinceridad que vibra en sus palabras. No es posible poner en tela de juicio ninguna de sus afirmaciones. Aparte de que ratificando su relato está la mayoría de un pueblo extremeño, los detalles de los hechos, los nombres y apellidos de víctimas y victimarios no pueden ser inventados. Basta mirarlos a los ojos para comprender que no cuentan más que la verdad y aún callan parte de esta desoladora verdad.

—Los veintitrés muertos de las dos «joyas» —afirman— quedaron sin enterrar semanas y semanas, dejando que los devorasen los perros y las alimañas. A mediados de junio un teniente que llegó al pueblo, horrorizado al ver en Villarte a un perro con una pierna humana, ordenó que se sepultasen los restos de las víctimas. Fuimos familiares quienes tuvimos que hacerlo. Pero no se nos permitió trasladarles al cementerio del pueblo ni colocar una lápida o una cruz sobre sus tumbas. Durante siete largos lustros persistió esta prohibición, llegando los caciques del lugar, responsables de las muertes, a amenazar incluso con fusilar a quien denunciase donde estaban los muertos.»

Aparte de los asesinados de las «joyas», doce o catorce más fueron fusilados en Mérida y otros lugares en que se les juzgó, acusándoseles de delitos más o menos fantásticos. En total en un pueblo de poco más de 2.000 habitantes, unos 40 fueron pasados por las armas después de la guerra, mientras en los treinta y dos meses que duró ésta no pereció en el lugar más que una sola persona.

—A los de izquierda que quedamos con vida, generalmente por ser menores de quince años o mayores de cincuenta, no haberse metido en nada o encontrarse enfermos, se nos trató muy mal. Aparte de mirarnos como apesados, negarnos el saludo, forzándonos al hambre porque sólo nos pagaban jornales irrisorios se nos obligó a realizar tareas penosas y arriesgadas sin retribución alguna. A Valentín Cervantes y a mí —cuenta Félix Fernández— nos tuvieron más de dos años sin pagarnos un solo céntimo. Y cuando algunos guerrilleros aparecieron por los montes cercanos, teníamos que ir incluso de noche de un pueblo a otro para mandar recados de unos caciques del pueblo a otros de los vecinos, seguramente con la esperanza que cualquier noche nos mataran en el camino.

No todas las muertes ocurrieron en 1939 ó 1940. Ya avanzado el mes de octubre de 1941 se perpetró la última de las ejecuciones.

«Ese día fusilaron a uno de los hombres más infelices del pueblo, llamado Manolo Chaves, cuyo único delito, según decían, era que uno de sus hermanos andaba huido por la sierra. Quisieron hacer un escarmiento con él y dieron un bando obligando a todos los vecinos, sin la menor excusa ni pretexto, a presenciar su muerte. Todos le vimos como con las manos atadas a la espalda uno de los caciques le ordenaba a gritos:

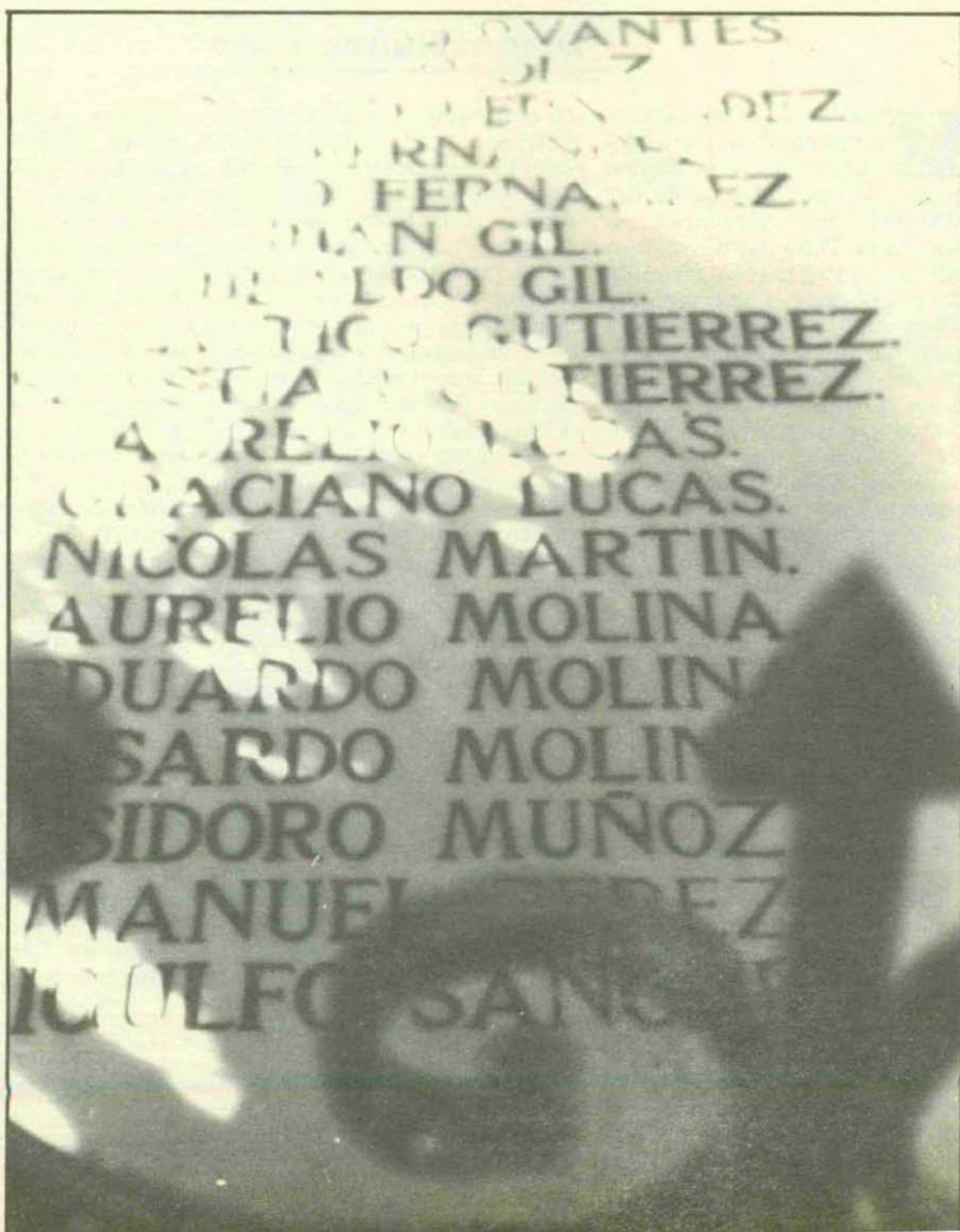
—¡Echa a andar que te vas a Rusia!»

«Le dispararon por la espalda apenas movió un pie, cayó al suelo acribillado a balazos y allí

le dejaron desangrarse en presencia de todo un pueblo.

Los muertos de las "joyas" estuvieron más de cuarenta años sepultados en mitad del monte. Sólo el 8 de marzo de 1981 se permitió que los familiares desenterrasen lo que quedaba de los restos de sus deudos y los trasladasen al cementerio de la localidad extremeña.

El acto constituyó una impresionante manifestación de duelo. Los dos kilómetros del recorrido estaban llenos de gente que lloraba al paso de la fúnebre comitiva. Ahora, los veintitrés fusilados reposan en una fosa del cementerio municipal cubierta totalmente de flores todos los días del año como expresión sincera del dolor de todo un pueblo.» ■ E.G.



La lápida que actualmente cubre los restos mezclados de las víctimas de aquel asesinato.